

***De diccionarios y otras cosas***  
**Prof. Dr. Enrique Turover**

Existen en latín dos adagios o aforismos: “Caetera desunt” (lo demás no está, falta) y “Caetera desiderantur” (lo demás se desea). Resumiendo, la obra está inacabada, inconclusa, incompleta, casi todo está por hacer. Cualquier diccionario (el de la lengua, razonado, bilingüe o multilingüe) es una obra incompleta y los lexicógrafos, diccionaristas no podrán nunca publicar, a diferencia de escritores, obras completas, por triste que sea. Uno de los sabios (S. II después de Cristo), Tarfón, dijo: “Tú no estás obligado a terminar toda la obra, pero tampoco puedes renunciar a ella”.

Se puede afirmar que todos nosotros trabajamos para el Diccionario, ya que hablando y escribiendo (literatura hablada y escrita) creamos el vocabulario y el diccionario, un *corpus* de significados para destinos humanos, para diferentes experiencias. Es en el *Diccionario de la Lengua* que la vida habla con el hombre. La función de la literatura (diccionario) consiste en preservar al recién llegado a esta vida de caer en la vieja trampa, y si cae, en hacerle comprender que ha caído en la tautología. Por consiguiente, el conocimiento del sentido de los términos de la vida, e. d. de lo que pasa con nosotros, nos está liberando por dentro y por fuera.

Iosif Brodski, poeta ruso, nuestro contemporáneo, premio Nobel, muerto ya, dejó el siguiente legado, muy bonito, a los usuarios de la lengua: “Hoy y mañana hay que preocuparse por la precisión de la lengua. Traten de ampliar y enriquecer su vocabulario y cuídenlo al igual que cuidan su cuenta bancaria. Préstense mucha atención tratando de aumentar sus dividendos. El objetivo no es de contribuir a su elocuencia en el dormitorio o al éxito profesional (aunque es posible también en adelante) y no de convertirles en sabihondos. El objetivo consiste en darles posibilidad de expresarse (explayarse) de la manera más precisa y completa”. Estoy de acuerdo con Brodski, ya que la acumulación

de lo no dicho, no expresado, no pronunciado, puede desembocar a menudo en neurosis. Cada día en el alma humana cambian muchas cosas, pero el modo de expresarlas a menudo sigue siendo el mismo. La capacidad de expresarse queda retrasada con respecto a la experiencia. Esto atañe nefastamente a la *psique*. Sentimientos, sus matices, impresiones, pensamientos, emociones no denominados, no nombrados, no llamados, no pronunciados, se acumulan en el individuo y pueden provocar una frustración o una explosión. Para evitarlo no hay que convertirse en una rata de biblioteca. Hay que comprar un diccionario y leerlo poco a poco todos los días. De todos modos, el diccionario cuesta menos que una visita al psiquiatra.

El diccionario de la lengua, si recurrimos a la metáfora, es el espejo en que se mira una lengua, mientras que el diccionario bilingüe representa dos espejos, con ayuda de los cuales se miran mutuamente en una columna del diccionario dos lenguas – la original y la traducción, dos culturas – la de partida y la derivada, dos mentalidades – originaria, primigenia y reflejada, dos maneras de reaccionar la lengua y el habla a una misma situación, real o ficticia, imaginaria, dos mundivisiones en una única y sólida cadena de la corriente universal de la conciencia.

La velocidad vertiginosa de las transformaciones políticas, socio-económicas, científico-técnicas, culturales y lingüísticas que ocurren en la comunidad internacional engendran la necesidad de revisar y renovar constantemente los diccionarios en todos sus géneros y especies.

El diccionario bilingüe creado hace 25 – 30 años queda anticuado en el momento de su publicación (“Todo diccionario de la lengua empieza a desactualizarse desde antes de ser publicado ...” García Márquez, Prólogo al *Diccionario de uso del español actual*, Clave) tanto por su composición, estructura de artículos, sistema de abreviaturas, etc, como por la calidad de traducciones que dependen de la frecuencia de contactos lingüísticos y culturales entre los pueblos (es más fácil, a todos luces, crear un diccionario inglés-español, que un diccionario

español-suajili), de la cantidad total de textos traducidos de una lengua a otra, y en definitiva, de las tendencias centrípetas, convergentes en el desarrollo de la comunidad internacional con todos los *mutatis mutandi* a la originalidad, independencia, peculiaridad, autoctonía, unicidad, irrepetibilidad, etc., en el desarrollo de las lenguas nacionales.

Si nos planteamos la siguiente pregunta: ¿Leerá el usuario común y corriente el diccionario bilingüe como una novela apasionante acorde con A. France (“El Diccionario es el libro de los libros”) aunque sólo sea con fines de estudio? La respuesta es negativa desde el umbral: no, no lo va a leer.

El diccionario bilingüe está destinado a los usuarios que recurren al mismo, como regla, para hacer dos preguntas: ¿Cómo será? y ¿qué significa? La primera la hacen los portadores de la lengua de partida (original), la segunda la hacen los portadores de la lengua terminal (meta). Cada categoría de usuarios busca lo suyo: el traductor de bellas letras tantea un sendero que le lleve al campo semántico donde crecen los frutos rebuscados con matices necesarios; el intérprete averigua la solución del problema con la palabra clave; el estudiante español trata de comprender la enigmática alma rusa leyendo las novelas de Dostoievski donde todo es impreciso, borroso e indeterminado; el estudiante ruso quiere saber cómo es en español “спецназовец” (el geo) o busca el sinónimo para una única palabra que le es conocida; el profesor investiga todo el paradigma o la acepción más periférica que se encuentra sólo en la Biblia; el traductor técnico anda a la caza de una correspondencia monovalente al término; el lingüista examina la descripción integral de la lengua.

Es infinitamente difícil para uno o dos autores satisfacer las demandas tan variopintas y polifacéticas. Por eso el punto final no está puesto, el trabajo continúa, porque los diccionaristas son constructores eternos de puentes (*pontifex*), que vinculan (*religo*) mundos diferentes.

Un ejemplo. El salmo 139 reza: *Que no está aún en mi lengua la palabra*. Puesto que no somos sólo sujetos pasivos, portadores de la lengua, sino que debemos ser sujetos activos, vamos a proceder como aportadores a la lengua.

¿Es posible predecir, prever la aparición de nuevas palabras muy necesarias para la lengua? ¿Qué es: futurología, adivinación, olfato, perspicacia, clarividencia, lucidez, sagacidad, intuición? En la sociedad existen personas (o grupos) que toman decisiones, ponen sus firmas, rúbricas, puño y letra, sellos, etc. bajo las leyes, decretos, instrucciones, leyes, mandatos, designaciones, instrumentos internacionales, convenios, tratados, etc., de los que depende el estado de la nación o el estado de sus integrantes. Por extraño que parezca, estas personas no tienen nombre (o no lo han tenido hasta hace poco), un nombre, sino la descripción de su situación social o función jerárquica en la estructura estatal, judicial, militar, bancaria, etc: persona que toma la decisión, personas que toman las decisiones. Mientras que en las lenguas afines y no tan afines esta denominación existe: fr. *décideur*; ing. *decision maker*; it. *decisore* (Garzanti); port. lo define descriptivamente *-o que resolve as quesotes-*; al. *Entscheidungsinstanz, Entscheidungsträger*; el ruso tiene sólo la abreviatura - ЛПР (лицо, принимающее решение).-

Los traductores de la ONU han propuesto en su jerga “onusina” la variante *decididor*, que es muy dudosa. Mientras que exista en español *decisor* en función de sustantivo y adjetivo. Lamentablemente, ni la edición XXII de la RAE, ni el magnífico *Diccionario de autoridades modernas* de M. Seco, O. Andrés, y G. Ramos lo registran. Sólo en el *Gran Diccionario de uso del español actual* de Aquilino Sánchez aparece por primera vez la palabra *decisor* como sustantivo, como *nomen agentis*. Dámaso Alonso dijo una vez que “vivimos el siglo de las siglas”. Se propone a los MCS empezar a utilizarlo en gran escala al mismo tiempo que la abreviatura PTD (persona que toma la decisión). El uso dirá la penúltima palabra y la RAE lo puede convertir en norma en la edición XXIII. ¡ Buena falta hace!

En el mundo hay muchos juegos de masas, el fútbol es uno de ellos. Muchos juegan o quieren jugar al fútbol. Pero muchísimos más jugadores en el juego de la lengua: en ruso hay ciento cincuenta millones; en español, cuatrocientos millones; en inglés, cerca de un millardo (entre nativos y no nativos); en chino un millardo trescientos millones. Así que el juego de la lengua es mucho más popular y su resultado (el desarrollo, el poder expresarse de una manera novedosa, los cambios a ojos y oídos vistas de todo el mundo) puede y debe producir mayor placer individual y social que un gol metido.

La mejor herencia que la generación saliente puede dejar a la generación entrante no son los bienes inmuebles, sino los bienes muebles que son nuestras lenguas respectivas.

*Feci quod potui, faciant meliora potentes* (Hice lo que pude, que hagan mejor los que puedan).